

# **DISCURSO DEL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES LIC. RODRIGO MADRIGAL NIETO EN LA INAUGURACION DEL SEMINARIO COSTA RICA UNA DEMOCRACIA HACIA EL SIGLO XXI**

**C**uando se me sugirió que el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto realizara este "Simposio", me pareció, desde el primer momento, una iniciativa de mérito. Nos abría la oportunidad de hacer una reflexión acerca del destino de la democracia en sí, y de nuestra democracia en particular.

Decía Aristóteles que solo los pueblos que han logrado cierto bienestar pueden entregarse a la vida reflexiva, posiblemente, agrego yo, porque son los únicos que, como recomiendan los psicólogos, pueden disfrutar del ocio creador.

Pero nosotros, a lo largo de nuestra vida republicana, y en medio de la pobreza, hemos podido utilizar repetidamente esa capacidad del hombre de remontarse más allá de sí mismo, y utilizarla colectivamente con resultados satisfactorios.

Esta tarea de examinar las posibilidades y perspectivas del derrotero que habrá de seguir la democracia en los primeros años del tercer milenio, es difícil por la complejidad misma de nuestros tiempos y las intrincadas confluencias de las ideas y realizaciones del hombre del siglo XX. Por esto resulta especialmente lúcida la valiosa participación que en el marco de este simposio tendrán las connotadas personalidades que hoy nos honran con su presencia, a las que deseo manifestar mi reconocimiento y sincera gratitud, que hago extensivos a la Fundación Friedrich Ebert, cuyo concurso a este simposio ha sido decisivo para su exitosa realización.

Pienso que la sola proximidad del cambio del siglo, como referencia inserta en esta meditación, no debe constituirse en valladar que nos haga perder de vista la innegable continuidad de la historia humana. Tiende el hombre, en su anhelo por comprender el peso de la eternidad, a ceñirse a periodizaciones que acabarían por convertirse en condicionamientos ficticios para el análisis de su destino, haciéndole olvidar su propia e ilimitada capacidad creativa para transformar su mundo. Bien señala Ortega y Gasset que "el hombre no tiene empeño alguno por estar en el mundo. En lo que tiene empeño es en estar bien. Solo esto le parece necesario y todo lo demás es necesidad en la medida en que haga posible el bienestar..."

Hace diez siglos, la Europa Cristiana contemplaba llena de incertidumbre y temor, el ineludible advenimiento del año 1000, identificado como la consumación de los tiempos, con la conclusión del milenio apocalíptico de San Juan. Eran épocas de violencia, de desintegración, de hambre y de peste. Sin embargo, aquellas aterradoras expectativas fueron superadas por el propio discurrir de los tiempos, pues la historia se burla de quienes intentan aprisionarla en los estrechos marcos de un cronograma humano. No obstante, a pesar del avance en el conocimiento, el fenómeno se repite ahora, y algunos divisan en el año 2000 un halo de misterio y prodigio, olvidando una vez más que, más allá de su cómputo del tiempo, el hombre continúa viviendo, continúa interrelacionándose, continúa destruyendo y continúa creando. El

peso de los siglos no merma su capacidad para señalar fines, para diseñar medios y para hacer realidad las proezas de su imaginación. Mientras los demás seres de la creación se limitan a cumplir los imperativos de su ciclo biológico, el hombre sigue yendo mas allá, sigue programando un destino y laborando para llevar a cabo sus proyectos.

Ahora bien, si el ocaso del segundo milenio impulsa a mirar con inquietud la catastrófica destrucción que ha hecho la humanidad en su entorno, si nos llena de preocupación el paulatino agotamiento de los recursos naturales, no puede decirse, sin embargo, que debemos experimentar un sentimiento análogo al reflexionar sobre el futuro del pensamiento humano. La indescriptible capacidad imaginativa de la especie ha demostrado ser superior a cualquier vaticinio. Los azares de la historia, las hecatombes colectivas a que se ha sometido el propio ser humano, solo han reforzado la inagotabilidad de su pensamiento, su aptitud para destruir y para construir en una inacabable sucesión de ideas y realizaciones.

Como parte de esa asombrosa producción humana, encontramos la democracia, forma de vida mas que sistema político, genial concepción de una sociedad sustentada en el hombre mismo, mas que en el poder o la majestuosidad de un régimen. Los que creemos en ella, los que vivimos en ella, deseamos que se proyecte superada y diáfana al tercer milenio. Aspiramos a fortalecerla, a infundirle la vitalidad necesaria

ria para enfrentar los desafíos del siglo XXI. Anhelamos que sea la democracia la que presida esa nueva jornada de la cronología humana. Mas no como ideal lejano y repentino que podrá llegar en aquel momento, sino como construcción diaria, pacientemente levantada, que habrá de lucir entonces mas sólida y mejor definida. Por eso, también sabemos que para desarrollar este objetivo, hemos de reflexionar sobre lo que debe ser esa democracia renovada. Hemos de meditar larga y cuidadosamente sobre las características que hemos de añadir para robustecer la nuestra a fin de que el año 2000 y los siguientes la hallen firmemente asentada y a su vez, dinámica y funcional.

La democracia ha sido, a lo largo de su historia, el sistema de equilibrio, el modus operandi del justo medio aristotélico. En ella hallamos una continua preocupación por encontrar la fórmula que permita convivir al bienestar material con la libertad humana; al respaldo de estado con la identidad individual; al progreso con la conservación del ambiente; al trabajo con la comodidad; al ser con el deber ser, todo, en un marco en que la voluntad de las mayorías no incluye jamás en su ideario el extirpar a las minorías.

Creo que con ese mismo espíritu de justo equilibrio hemos de aproximarnos a las reflexiones sobre la democracia del siglo XXI. Es claro que un demócrata no puede aceptar en modo alguno la idea de que la democracia social y económica debe representar la destrucción de la demo-



Lic. Rodrigo Madrigal Nieto, ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica.

cracia política; porque, como lo comprueba la historia, los experimentos fundados en tal idea han llevado a no conseguir ninguna de las dos. Pero tampoco podemos identificar la democracia con la idea de dejar al hombre solo frente al mundo, de convertirlo en perpetuo competidor de sus congéneres, de llamar libertad a un status que se fundamenta en la sujeción o sumisión de unos hombres a otros hombres.

El mismo Kovak dice en su libro "El espíritu del capitalismo democrático" que juzgar a este simplemente como un sistema de libre empresa, de competencia sin cuartel, apartándolo de la cultura moral que nutre las virtudes y valores de los cuales depende la existencia integral del hombre, es totalmente erróneo.

El hablar del futuro de la humanidad

suele ser terreno fértil para la utopía. A mediados de este siglo podía el hombre complacerse en trazar imaginativos cuadros del año 2000, en los que se desvanecían como por ensalmo los misterios de la naturaleza, las inquietudes del espíritu, los fantasmas del hambre y la pobreza, en una Babel de progreso científico y tecnológico. Hoy, cuando solo doce años nos separan de la fecha clave, la predisposición a la utopía resulta mucho menor. Los adelantos de la ciencia, los prodigios del pensamiento, no han bastado para construir la Arcadia feliz de los filósofos en el umbral del siglo XXI. Hemos de encontrar entonces nuevos elementos para que esa democracia, perfeccionada, rinda al hombre dividiéndose que aseguren su dignidad y su progreso.

No creo que esto que sea utópico esperar -y más que esperar, procurar con nuestro esfuerzo- que el hombre del siglo XXI dé una nueva dimensión al concepto de democracia mediante un progresivo cambio en el ser mismo del hombre. Este es, a cada instante que pasa, el gran desafío de la democracia. Es preciso que el hombre del siglo XXI sea más consciente de su ser colectivo sin perder de vista su ser individual. Es preciso que entre los hombres y las naciones del siglo XXI surja una solidaridad auténtica, espontánea, natural; no una solidaridad débilmente asentada en la imposición gubernamental o en el equilibrio del terror al holocausto nuclear. Es preciso que se advierta que la supervivencia de la especie está vinculada a la sinceridad que se infunda en un esfuerzo colectivo por convivir en paz con los demás hombres. Es la difícil e ingente tarea de hacer al hombre menos egoísta y más consciente del espíritu divino que lo alienta.

Esto podría traducirse, en la práctica de las relaciones humanas en que, como lo decía Jean Monet, se vaya a las negociaciones no para sacar ventajas, sino para buscar nuestra ventaja dentro de la ventaja común.

Implicaría un reconocimiento de que ha de haber una economía nueva, una sociedad nueva, con un porvenir común a todos. Sería reconocer por parte de Occidente, por ejemplo, que solo puede remontar la crisis e ir al pleno empleo de cada cual, si equipa y hace que se desarrolle todo el tercer mundo, como lo plantea Servan Schreiber en "El desafío mundial".

La dialéctica señala que todo ser, toda sociedad, lleva en sí misma la semilla de su propia destrucción. Creo que no es aventurado indicar que, paralelamente, todas las destrucciones humanas llevan en sí el germen de una nueva creación. El hombre se ha acostumbrado, desde sus primeras jornadas en la historia, a programar su destrucción casi cíclicamente y, como el Ave Fenix de la mitología, a renacer de sus cenizas, a edificar de nuevo sobre la misma tierra que ha asolado.

Una de las responsabilidades más importantes que tiene la democracia -la de hoy y la del siglo próximo- es la de dar espacio franco al hombre creador y hacer que se esfume, como algo caduco y superado, el hombre destructor. La democracia debe ser suficientemente fuerte y suficientemente flexible como para que en ella no exista la posibilidad ni la necesidad de recurrir a la violencia y a la destrucción. Debe ser apta para vivificar el espíritu creador y continuar alimentándolo sin que el hombre tenga que nutrirlo de nuevas y más peligrosas aventuras bélicas.

La democracia fundamentada en la solidaridad universal, la democracia en las diversas facetas de la actividad humana, parece ofrecer una respuesta válida a ese reto. En la medida en que sea operativa y auténtica, en la medida en que logre limar asperezas entre los hombres y entre las naciones, podrá ser apta para convertir a la guerra y a la destrucción en fantasmas del pasado.

En efecto, así como del siglo XVIII la democracia obtuvo un compromiso con la

libertad; así como del XIX la democracia arrebató un compromiso con la justicia social; así como en el siglo XX la democracia se ha universalizado, en el siglo XXI la democracia tendrá que convertirse en la herramienta que redima integralmente al hombre y las grandes colectividades en las que ese se organiza. En la "Aldea Planetaria" del porvenir, exigirán las naciones pequeñas y pobres, democracias más eficientes, pero también más participativas; más prudentes en lo administrativo, pero también más osadas en lo social; menos proteccionistas, pero también más comprometidas con los sectores productivos; más pluralistas, más educadas y más justas.

No hay que olvidar que la democracia es joven aún. Aunque comúnmente las referencias a la Grecia de Pericles la hace parecer vetusta, la democracia, en su acepción contemporánea, sólo se remonta un par de centurias en el tiempo. No tiene esto nada de extraño. La comunidad humana se ha ido desarrollando en lo político con lentitud. Los recurrentes problemas de la guerra y de la paz, de la opresión y de la libertad, del autoritarismo y del pluralismo, han sido permanentes testigos de la lucha de la democracia en la historia. Estos problemas, sumados al devenir del concepto de que la soberanía reside en el pueblo, tan solo han cobrado significación global en las últimas diez generaciones.

Es por ello que al pensar en la democracia del futuro, nos vemos en la obligación de meditar en la dimensión internacional de este concepto. El mundo en nuestro conocimiento se ha ampliado, y el ámbito de nuestra acción también. No hay hoy en todo el planeta casi ningún rincón que no haya sido ya al menos oteado por el hombre. Pero a su vez, las comunicaciones, la cibernética y la economía lo han reducido, al acercarnos tanto a pueblos, a culturas y a momentos otrora alejados por el tiempo y el espacio. Este despertar del universo ha modificado profundamente las relaciones internacionales, y ha convertido el afeño nacionalismo de ayer, en un concepto cada

día menos aplicable a la nueva realidad mundial.

Por esto mismo las doctrinas, y los dogmas, que en otros momentos congelaron el tiempo, el pensamiento y la vida, tienden a desaparecer.

He dicho en otras oportunidades que la democracia del año 2000 deberá estar cobijada por un amplio espíritu de compromiso de los pueblos y gobiernos que han optado por la libertad sobre la dictadura. Sólo habrá democracia si los demócratas logran enfrentar los terribles desafíos que les acechan, fortalecidos por una verdadera comunidad de valores y de acciones. Esta "Alianza Democrática", sin estatutos ni propietarios, permitiría derrotar tanto al tirano como al narcotraficante; tanto al subdesarrollo como a la codicia financiera; tanto a la destrucción irracional de los recursos naturales, como a la desidia que permite el saqueo de nuestro patrimonio nacional.

En Costa Rica, señoras y señores, vivimos en democracia. No es una democracia perfecta, pero estimo que es lo suficientemente robusta para enfrentar con éxito los retos del futuro. La inauguramos hace 175 años, cuando por primera vez elegimos municipio y diputados a cortes por el sistema del sufragio universal. Sin embar-

go, la democracia de Rousseau que presidió aquellas primeras jornadas electorales se opacó mas tarde, hasta que en 1889 brotó con fuerza popular un nuevo sentido de nuestra institucionalidad y surgió quizá también un nuevo costarricense con renovado espíritu democrático.

Hoy, próximos al centenario de esa memorable jornada del 89, pero también próximos al nuevo milenio, resulta oportuno preguntarse una vez más sobre los medios de renovar y fortalecer la democracia en Costa Rica.

Nuestro país tiene condiciones altamente satisfactorias. Vivimos en libertad, trabajamos por el desarrollo y hemos hecho del civilismo un culto, y por eso hemos podido hacer de la paz el eje de nuestra política internacional. Sin embargo, no hay que ceder a la tentación de suponer que hemos encontrado ya la cima y encubrir con autoalabanzas hiperbólicas las duras realidades que continúa enfrentando Costa Rica a pesar de sus logros. Muy por el contrario, el crepúsculo del siglo XX debe llamarnos a redoblar esfuerzos en la tarea de disminuir la brecha social, de promover el trabajo y la producción, de erradicar seculares vicios tanto en el ámbito de la administración pública, como en la vida privada de amplios sectores sociales, de dar au-

tenticidad y dinamismo a los medios de participación popular. No hay que ceder a la tentación de identificar democracia con la simple libre elección de los gobernantes. La democracia es eso, pero también mucho más que eso. La democracia debe ser realidad permanente, participación constante, progreso continuo: democracia política, social, económica y del conocimiento.

Pongamos nuestro empeño en consolidar la democracia en Costa Rica y alejar de su umbral a la vez que la tentación totalitaria, el sombrío fantasma de la destrucción. Demos hoy lo mejor de nuestro espíritu creador, lo mejor de nuestra condición humana, para que la democracia costarricense llegue con paso firme al encuentro de un nuevo siglo. Demos hoy nuestra contribución para que, al amanecer del tercer milenio, la democracia costarricense pueda, conforme a la imagen de Khalil Gibran, "escuchar el silencio con serenidad y oír en el silencio los himnos de los siglos ensalzando al cielo y revelando los secretos de la eternidad".

En nombre del gobierno de la República, declaro inaugurado este simposio.

Muchas Gracias

Enero, 1988